

## VIAGE A ORIENTE.

A mi caro amigo don José Benito Gaitan.

---

Y por qué no ?

¿Quién ha dicho que solo de Europa puede irse al Asia, ni que sea preciso ser un Chateaubriand, un Lamartine, ó de entre nosotros, un Cordovez, un Duque, un Arosemena, un Ceron, un Pardo, un Aguilar para ir en pos de las rubias regiones en que tiene el sol su cuna de lumbres ! . . . ¿ Y suponiendo que alguien lo hubiera dicho, no dijo, sériamente, se entiende, el grave filósofo Anaxágoras que la nieve es negra ? ¿ No sostuvo siempre como un cánón de su escuela el filósofo griego Zenon que el dolor no es un mal ? Y en nuestros dias, ¿ no ha sostenido Carlos Fourier la perfeccion social en la más zafada libertad para satisfacer hasta los más torpes apetitos ? ¿ Y qué importa que eso y mucho más que todo eso se haya dicho ? Se han dicho tantas cosas ! tantas ! y algunas tan disparatadas, tan ridículas, tan monstruosas, que valiera más que jamas tales cosas se hubieran dicho.

Y basta de exordio, y permítaseme referir mi *Viage á Oriente*; por más que en vez de ser de Paris á Jerusalem, sea apenas de Bogotá á Choachí.

Sí, señores, á Choachí; en donde si no hay grandes tradiciones que venerar, tampoco corre uno el riesgo de que lo degüellen los beduinos, ni de que lo saquéen los ávidos infieles que explotan los *Santos Lugares* para eterna mengua del mundo cristiano.

Nada de uno y otro; nada !

Pero en cambio, tampoco hay en Choachí esa feroz peste que tan caro costó á nuestros distinguidos compatriotas Cordovez y Duque.

Nada ménos que la muerte en medio de las dulces ilusiones de una juventud acariciada por la fortuna.

Y ademias, Choachí posée aguas medicinales que no le ceden la palma á las afamadas de Biasritz ó de Vichy.

Fué precisamente en pos de esta fuente de salud que yo me resolví á dejarme ir hácia ese apacible pueblecillo, el más quieto, ordenado é inocente de cuantos rodean á la culta metrópoli por ese lado de sus contornos. Choachí es, en realidad, una poblacion de séres honrados, piadosos y consagrados á los pequeños quehaceres de su industria enteramente naciente, la cual consiste en el cultivo de la caña para la miel de la chicha favorita, un poco de destilacion, frutas, legumbres y aves para el mercado de la capital; y algun ganado de pelo y de cerda para el uso doméstico &c.

El 7 de febrero del presente año de 1878, entre las once y doce de un dia límpido, y dudando aún si seria hombre capaz de tenerme á caballo, despues de todas las vueltas y revueltas que se dan y se repiten cien veces en tales circunstancias, me trajeron el caballo ensillado, me pusieron un taburete para montar, y ayudándome alguno á levantar la pierna derecha por encima de la grupa de mi cabalgadura, quedé instalado sobre mi galápago; ó más bien, sobre los agudos huesos de mi muy descarnada humanidad, prófuga del otro mundo, en virtud de los ardidés médicos del mágico profesor doctor Manuel Plata Azuero, autor y fautor de esa milagrosa escapatoria.

Una vez á caballo, me creí capaz de irme hasta la Patagonia sin echar pié á tierra; tanta así fué mi sorpresa al verme sobre la montura, yo que creia que con solo colocarme en tal posición, me acometeria uno de esos vértigos que de ordinario me acometen aún, y me derribaria al suelo sin conocimiento. . . Pero nada de eso; y aparte del penoso contactó con mis propios huesos sobre el asiento de mi galápago, me creí como bueno y sano en materia de viajar. . . Algo de imaginario habia realmente en esto; pero sí tuve alguna razon para sorprenderme al poderme tener á caballo y andar á un paso regular sin sufrir ningun trastorno.

Ahora, con un tiempo hermoso, escogí la vía que consultaba la practicabilidad para una persona que ya era una débil sombra del sér humano. Por detras de Monserrate, la vía es sumamente corta, unas cuatro ó cinco horas, *bien jaladas*; pero de un camino! . . . cuyas muchas y bruscas escabrosidades, causan tales y tan repetidos sacudimientos, que no digo yo á un pobre esqueleto en visperas de *federarse*, ó más bien, de independizarse como

el mío, sino al del mismo Hércules ó del célebre Sanson lo harían sentirse en toda su vigorosa estructura de aquel terrible *maromear* para no romperse la estampa á cada instante.

La vía de Chipaque supone dos jornadas con equipaje; si bien está exenta de las mortificaciones y peligros de los pasos de *Las Cabras* que ofrece *el camino del cerro*; excelente para los viandantes de á pié, por la extraordinaria cercanía con la capital; además, la vía de Chipaque en tiempo de lluvias, es decir, á cualquier momento que al páramo se le antoje, se hace cenagosa y molesta, por ser de terreno suelto en su gran mayoría de extensión.

Con todo, quien atiende al refrán de *más vale rodear que rodar*, entre el camino del cerro y el de Chipaque, tomará éste de preferencia. Las dos jornadas de esta vía, tienen en sí la compensación de rendir la primera en una población; pues hay gran diferencia entre llegar á un poblado como Chipaque, y acercarse á una mala venta, ó á cosa peor, en un desierto sin recursos de ninguna clase.

Para un enfermo, esto es de suma gravedad.

Quedábame, pues, á escoger la vía del páramo de *Cruz Verde*, que va á Choachí por Ubaque. En tiempos lluviosos, esa vía tiene el inconveniente de su páramo largo, pendiente, resbaladizo y sumamente solitario y rígidamente frío *para nosotros*. Meter á un enfermo, á un convaleciente por ahí, sería exponerlo muy imprudentemente. Pero si el tiempo está sereno y hay esperanzas de que no haya un cambio súbito, esa vía es la preferible; porque entónces el páramo está tranquilo y sereno como el corredor de una abrigada casa de Bogotá. Entónces, nada de esa niebla que envuelve y ciega al caminante; nada de esa lluvia que azota la faz y crispa los nervios; nada de ese huracán helado, penetrante y mugiente, que empuja al viajero con brusquedad, y amenaza llevarle el sombrero con cabeza y todo.....

En esos días pasa uno *el páramo*, sin saber á qué horas.

Hoy se ha hecho una mejora notable en ese camino; pues se le ha practicado una bifurcación hácia el sur, que permite, *en verano*, evitar la infernal bajada del páramo al *Salteador*, que deja al viajero desarticulado. *En invierno* esa nueva vía, por lo suelto del terreno, forma lodazales impasables, que hacen preferible la vía primitiva.

Es claro que todo esto es desierto entero y verdadero; y que el viajero avisado, no debe aventurarse en tales soledades, sin llevar, como se dice, *desde la sal hasta el agua* consigo; porque de otro modo, habría de sufrir lo que Dios sabe. Con

todo, como no se trata sino de *algunas horas* de marcha, sólo para un enfermo pueden tener una séria importancia estas indicaciones.

De un modo ó de otro, pronto se sale del mal paso y se halla uno rodeado de gentes por lo regular sanas y de buena voluntad, que lo acogen y lo hospedan y le sirven sin ceremonias como sin enojo.

Es, pues, claro que me decidí por la vía de Ubaque. Mi viaje no fué divertido: apenas empecé á sentir el vaiven de la bestia, subiendo y bajando á trechos, mi cuerpo demacrado por siete mortales meses de padecimientos gástricos cruelísimos, empezó á no tener asiento cómodo, y yo á sufrir de una manera casi intolerable. Al fin salimos con la tarde al rancho del *Salteador*, nombre cuya historia está escrita en lo triste, lúgubre, solitario y hasta sombrío de la localidad. Allí no hay pájaros. Un viento siempre tenaz y despacible reina en aquel parage melancólico, sin más perspectiva que un cerro árido y abrupto cuya cima parece un serrucho desportillado.

Cuando llegamos al *Salteador*, yo me sentia desbaratado textualmente. Me ayudaron á desmontarme, y casi arrastrándome me boté medio muerto sobre unos cueros de oveja y un poco de tamo que se me ofrecieron dentro de aquella vivienda, en la cual todo es *afuera*, por lo escueto y desabrigado del rancho. Tirado allí y quejándome de fatiga más que de algun dolor determinable, me adormecí por el cansancio que me abrumaba. Unos minutos despues, abrí los ojos ante una taza de *mazamorra*, único alimento que habia en aquella pobre habitacion.

El olor de aquel manjar despertó en mí algo parecido al apetito. Lo tomé, lo comí,; más: lo comí con agrado, casi con delicia; y aún habria repetido la dosis, si no hubiera temido violar el saludable precepto en mi mal:

*"No recargar jamás el estómago, ni aún de hostias ó agua bendita."*

Maldita dispepsia! enfermedad horrible, infernal! ¡Y cómo pudiera ser de otro modo, cuando el estómago es *la tesorería* general de la economía humana! ¡Qué podrá marchar bien cuando todo marcha mal en esa oficina general del mecanismo funcional de la vida?

Al siguiente dia, y previa una ligera parada en Ubaque, continuamos nuestra marcha, y á las cuatro de la tarde llegamos á Choachí, suspirado término de mi peregrinacion.

A mi llegada, mi anhelo fué irme á casa de la señora Cruz Rivero, que mis amigos me habian indicado desde Bogotá como excelente persona para el forero. Desgraciadamente esta seño-

ra no tuvo una pieza para alojarme; pero me indicó la casa inmediata de la señora Concepcion Rodríguez, la cual, sin conocerme absolutamente, me recibió con amabilidad en su casa y me proporcionó cuanto por el momento necesité en mi lamentable estado de postracion en que el viaje me habia sumergido.

Al llegar, me tiré como un fardo sobre un canapé que habia en la sala de la casa; y me quedé ahí casi sin conocimiento, hasta que se me trasladó á la pieza en que debia habitar.

Hagamos justicia. La señora Concepcion Rodríguez es una señora que ya no es jóven, aunque tampoco es vieja. Es una mujer en el vigor de la vida. Su hijo Evangelista, excelente ebanista, es un jóven como de unos 25 años, sencillo, inteligente y amable. La señora tiene sus *caprichos de mujer*; pero es buena en el fondo de su carácter, servicial y atenta. En su casa, el servicio doméstico es decente, abundante y exacto. Yo allí viví como en Bogotá por lo tocante al servicio de la casa, cuanto cabe en un lugar pequeño en que los recursos marchan de frente con lo reducido del vecindario, que me pareció de 4 á 6,000 almas. El caserío, de paja casi todo, no carece de la necesaria comodidad.

Choachí, desde léjos inspira ideas que se disipan al conocer la poblacion.

En Bogotá, cree uno que en Choachí no hay sino estúpidos aborígenes, siempre hurafios, desconfiados y medio *en perica* de chicha. Nada de eso. La poblacion de Choachí es blanca en su gran generalidad. Cualquier labriego de allí lo pone á uno fuera de duda por sus facciones europeas y su negra y tupida barba española. En el mercado, que tiene lugar los domingos, suele verse uno que otro indígena; pero la generalidad es blanca, ó por lo ménos de apariencia española.

Entremos en algunos detallés.

El poblado de Choachí se resiente del atraso general de nuestro pais por razon de las convulsiones políticas, que tantos males vierten sobre la actualidad y sobre el porvenir de nuestras poblaciones; pero dificilmente se hallará una poblacion más honrada, más piadosa y más bien inclinada hácia las tareas de una vida sencilla é inocente.

En Choachí, deja el campesino que viene el domingo á oír misa y á sus negocios de mercado, deja, decimos, su caballo ensillado á la sombra del primer árbol aparente que ve cerca de alguna habitacion. Allí lo amarra sin quitar ni el coginete ni las ruanas atadas en la delantera de la montura. Se larga, no se sabe hasta dónde; y cuando vuelve en pos de su casi olvidado rocicante, nada, nada falta en lo que dejó al partir; ni nadie se ha

atrevido á poner la mano en cosa alguna de lo confiado á la leal honradez de los habitantes.

El clima de Choachí, en punto á temperatura, oscila entre 21 y 24 centígrados. Es el clima de Carácas. En tiempo seco, deliciosísimo. Su situacion lo presenta como sobre un descenso de las vertientes orientales de la gran cordillera.

Los alimentos son abundantes y excelentes. La carne de res sólo se consigue los domingos; pero bañándola en sumo de limon, se conserva fresca durante toda la semana. Tanto los domingos como en los dias intermedios se consigue muy buena carne de cerdo, y tambien muy agradable de oveja. Los *cachacos* bogotanos acostumbran decir, que en Choachí, los huevos y los pollos *son silvestres!* . . . .

La yuca, la papa, el *malangay*, que es una especie de ñame, por la blancura y la firmeza de su masa componente, son exquisitos. La arracacha de Choachí no tiene rival sino en nuestra Sierra Nevada de Santamarta, en donde ha puesto Dios cuanto hubo en el antiguo Eden paradisíaco. No hay plátano comun, ó *harton*; pero el dominico suple y aún supera al harton por su suavidad y perfume.

Los granos, como el maiz, las habas, arbejas, frisoles, &c, &c, son buenos y nada caros. Dan diez *curas* por un cuartillo y doce exquisitos plátanos pacíficos por la misma moneda. Las naranjas son ricas y baratas: los higos son allí una especialidad gastronómica. Hay ademas excelentes repollos, lechugas, ahuyamas, y otras verduras siempre de buena calidad y jamas caras; por más que á veces escasean por no ser la cosecha, como sucede con las delicadas chirimoyas y las exquisitas granadillas, que en Choachí parecen envueltas en almíbar y ámbar. Son frutas régias!

Sólo un alimento no me pareció bueno en Choachí: el pan de trigo. En desquite, no conozco punto alguno en donde se amase un *pan de yuca* tan sano y exquisito: es realmente delicioso! Además, como entre las innumerables ventajas de Choachí, está su cercanía á Bogotá, que un buen peon, tomando por el *cerro*, recorre, en unas 4 á 6 horas; nada es más fácil que traer de la capital de vez en cuando, pan imperial, biscochos calados, tortas, mogollos, galletas &c, para el consumo de la semana.

Preciso es ya tocar al punto cardinal de nuestra peregrinacion: los aguas.

Las aguas de Choachí son todas maravillosas. Para el baño, puede escojerse el agua que se quiera y de la temperatura necesaria, con el termómetro en la mano.

Hácia el norte del poblado, corren las aguas de las vertien-

tes, hirviente sulfurosa, y fría ferruginosa, que ámbas caen al riachuelo llamado *Rio Blanco*, hácia el nordeste del pueblo. Es lástima que no pueda irse sino á caballo á esos baños; y cada caballo cuesta de 15 á 20 centavos por viaje....pero esto acaso sea modificable haciendo contratos por temporada para ir á los rios. Por otra parte, las aguas son tan saludables, que el gasto es poca cosa en comparacion de las ventajas que proporcionan. Como potables, las aguas de Choachí son una bendicion. Yo recibí inmenso beneficio de esas excelentes piscinas; y sin contratiempos de otro órden, que me contrariaron y me perjudicaron hasta hacerme regresar extemporáneamente, me habria re- puesto acaso enteramente de mis padecimientos gástricos. Bastará referir, que á veces despertaba á la média noche, á la gran madrugada; y sintiendo hambre, me comia, á esas horas! dos, tres plátanos pacíficos, con buen queso salado y pan de yuca, me tomaba encima un gran vaso de agua y me dormia como un liron y amanecia con excelente estómago!....

Eso sí, hay que advertir, que el *plátano pacífico*, debe sin duda su nombre á lo inocente de su alimento; pues de otras frutas del pais no puedo hacer las mismas reminiscencias. La caña dulce me postró de una manera terrible.

Yo empecé en Choachí mis baños por *Rio Blanco*, agua que tomaba como bebida ordinaria, haciendo cargar una damezana (damajuana) á mi cuarto cada tres ó cuatro dias, con la precaucion de *dejar destapada siempre la vasija*, para evitar que el agua se dañe de un dia á otro; como sucede si se la priva del contacto continuo con el aire libre.

Al cuarto baño en *Rio Blanco* me acometió una fuerte erupcion en las piernas, que me obligó á suspender esas abluciones.

Hube de pasarme al *agua caliente*.....

Ahora bien: ¿cómo es que una poblacion que como Choachí, posée ese dulcísimo clima, con las regaladas termas que circuyen su recinto, con su maravillosa cercanía á Bogotá, con sus abundantes y sanos alimentos, y con sus habitantes pacíficos, benévulos y honrados, no ha alcanzado ninguno de aquellos progresos á que parecen destinarlo sus favorables condiciones? ¿Cómo es que la poblacion rica de Bogotá no tiene en Choachí habitaciones propias de temporada para ir, por lo ménos, dos veces al año, á pasar *detrás del cerro de Monserrate* siquiera un par de meses? ¿Cómo es que nadie ha pensado hasta ahora en utilizar esas deliciosas y saludables aguas, saturadas la fría de hierro y la hirviente de azufre, estableciendo á sus márgenes una buena

casa de asistencia, con todas las comodidades que ofrece la inmediación á la capital?

Da pena, una profunda pena, llegar al baño termal, á esas aguas que, ya mezcladas, ya puras, poseen propiedades medicinales de todo género; y ver el total abandono, la incuria más completa en que todo está allí sumergido.

El admirable manantial del agua termal no es sino una charca rodeada de malezas al pié de un barranco, sin ninguna señal de cuidado humano, que siquiera la resguarde contra el acceso de los animales. . . .

El techado que cubre la mala alberca en que se toma el baño al abrigo del sol y del viento, amenaza ruina. Y allí no hay cosa ninguna para la comodidad de los parroquianos.

Pero hay que decirlo todo.

Nadie vaya á Choachí sin armas contra un enemigo, que no por mínimo es despreciable - las niguas! Estos bichos como lo nota Alibert en su *Fisiología de las pasiones*, se ceban de preferencia en el infeliz forastero. Parece que los tales animalejos hallan algo de escandalosamente apetitoso en las carnes del pobre recién llegado; porque lo acosan, lo martirizan, lo desesperan!

Pero esto es remediable. Basta llevar consigo un frasquito con petróleo. Se escarba la nigua y se le aplica una gota del líquido, y asunto concluido.


Otros aplican la *Resina de mamey*, el *Linimento Veneciano*, el *Amoniaco Líquido* y aún el *Ungüento de Holloway*; podemos asegurar que el petróleo basta y sobra. Las exageraciones de las *culebras*, que tanto asustan á las damas bogotanas, no son sino leyendas!

Apesar de los estragos de nuestra última guerra civil, que tantas familias ha cubierto de luto y á tantos mortificado ó arruinado, Choachí, que fué teatro de operaciones militares, y sufrió más de un desafuero, hoy parece reponerse de esos males políticos; y algunos vecinos construyen, de tapia y teja, edificios que proporcionarán al poblado ornato y comodidad.

Ademas, se ha hecho algo en el *camino del cerro*; bien que, ni con mucho, sea todo lo que exige un tránsito siquiera soportable. Ese camino, el mejor por su cercanía y el peor por sus pésimas escabrosidades, debería considerarse *por el Estado* como asunto de policía en el ramo de salubridad.

Si Choachí logra al cabo hacer conocer y popularizar las saludables ventajas de su feliz topografía, ese camino hallará numerosos protectores en todas las condiciones sociales, y aún en las altas regiones de nuestras notabilidades políticas.



Miéntras tanto, hagamos conocer la interesante localidad. Llamemos con frecuencia la atención del público hácia las admirables condiciones medicinales que las aguas y el clima de Chochí contienen en su seno y que una dilatada experiencia viene comprobando de tiempo atrás: aunque siempre como en las sombras del olvido, por causa de la falta de gratitud y de patriotismo de los favorecidos en la curación de sus dolencias, los cuales casi todos la han conseguido,  con sólo beber esas aguas, tomar esos baños y respirar ese aire; impregnado quizá de fluvios geológicos terapéuticos, que más tarde analizará y calificará la ciencia.

MANUEL MARIA MADIEDO.

---

## REVISTA DE LA MODA.

---

Tal vez mi reconocido desgarbo, mi anterior ignorancia en esta materia, me hará sospechoso á mis lectoras. Esto sería una injusticia. No soy yo el modelo que presento, sino que las voy á poner al corriente de la moda, aunque yo no la siga. Esto aumenta precio á mis esfuerzos. En Paris los escritores de modas no son dandys, ni elegantones. La prueba es que una vez estuvo encargado de la revista de modas de un periódico importante Alfonso Karr, que es de todos los franceses de talento, el que peor viste, despues de Mery. Si A. Karr perdió su puesto de redactor de modas, no fué porque lo hiciese mal, sino porque dió en la gracia de aplicar á la moda todas las flores de su imaginacion; y cosa rara! no logró poner de moda, apesar de que escribia en Paris, que todos tuvieran talento. Los tontos protestaron; pero no fué este el motivo para que el autor de *Bajo los tilos* perdiera su colocacion, sino éste otro. Díjole el Director del periódico, que observara los trages en los paseantes de los campos Elíseos y del Bosque de Boulogne. Alfonso Karr fué, pues, á